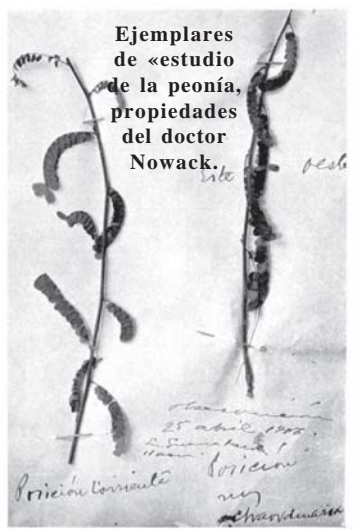


LA PEONÍA ES UNA PLANTA SILVESTRE que abunda en los matorrales de nuestro país y sus semillas, de intenso color rojo con un punto negro, durante mucho tiempo se emplearon para hacer collares y rosarios. Desde el punto de vista medicinal también resulta beneficiosa, pues sus raíces tienen propiedades diuréticas y expectorantes. Sin embargo, esta planta inofensiva fue motivo de alarma general entre los cubanos en

1906. Todo comenzó cuando el joven y avisado periodista del diario *La Lucha*, Enrique H. Moreno, tuvo conocimiento de que en la finca Tariche, de Guanabacoa, el científico austríaco Joseph Federick Nowack, sobre la base de sus experimentos con el millar de peonías que allí tenía sembradas, auguraba terribles e inminentes cataclismos para la capital cubana. De inmediato fue en busca del investigador europeo y ansioso de dar un «palo periodístico» que lo ascendiese a la celebridad al día siguiente, 25 de abril, publicó bajo los siguientes titulares la entrevista que le hizo: «El Profeta Científico. Predicciones del señor Nowack. Un terremoto terrestre o de agua del 15 al 19 de mayo. Se sentirá en la costa del Vedado, San Lázaro y el resto de la Bahía. Fúndase en las revelaciones de la peonía y observaciones del sol».

Convencido de que la peonía era «un medio de predecir los fenómenos seísmicos del porvenir», el doctor Nowack había observado que sus ejemplares de esta planta «tenían un gran decaimiento en sus hojas y presentaban un color oscuro las que estaban cerca de la raíz, y un color claro las de arriba o próximas al tallo», al tiempo que todas se orientaban hacia el norte. «Tales síntomas—declaró enfáticamente—evidencian que dentro de un plazo muy breve, del 15 al 19 del mes próximo de mayo, se realizará un fenómeno seísmico de importancia en La Habana o al norte de esta ciudad, consis-



El doctor Nowack de visita en uno de los campos de cultivo de la peonía en Guanabacoa.



LA PEONÍA Y EL “PROFETA CIENTÍFICO”

por Jorge DOMINGO CUADRIELLO*

tente en un terremoto terrestre o de agua, que producirá grandes perjuicios materiales». «En caso de que sea de agua, grandes olas invadirán todo el litoral habanero.» Por último aseguró que sus

observaciones en las peonías estaban avaladas por las manchas que había detectado en el sol.

Aquella información causó un fuerte impacto entre los lectores y enseguida se convirtió en tema de comentarios y de discusión. Con el fin de explotarla al máximo, Moreno volvió a abordarla al día siguiente al tiempo que ofrecía más datos sobre Nowack. Según sus averiguaciones, era graduado de la Alta Escuela Técnica de Viena y desde hacía muchos años realizaba estudios sobre la peonía. Para consolidar el prestigio del profesor afirmaba: «Academias científicas de gran renombre, sociedades geográficas de universal fama han oído a Nowack, han atendido sus predicciones y muchas de ellas certifican la realización de acontecimientos por él anunciados con anticipación». Entre aquellos vaticinios exitosos se encontraban, según el periodista, terremotos en Europa y la violenta erupción del Monte Pelado que en mayo de 1902 había destruido la isla de Martinica. El científico había llegado a La Habana en febrero de 1906 y desde entonces, gracias al financiamiento monetario de varios condes austríacos que cubrían los gastos de sus investigaciones, dedicaba cuatro horas diarias a observar las peonías que cultivaba en Guanabacoa. Tomando en cuenta la enorme gravedad de las conclusiones

de sus estudios había alertado sobre la próxima catástrofe a la Secretaría de Agricultura, al Observatorio de Belén y al pueblo en general a través de *La Lucha*.

Los crédulos habaneros de aquellos tiempos, aún bajo la impresión causada por el intenso terremoto y el posterior incendio de la ciudad californiana de San Francisco, ocurridos la semana anterior, y por la inesperada erupción del Vesubio en aquellos días, tomaron muy en serio las predicciones apocalípticas del doctor Nowack. Sin pérdida de tiempo muchos inquilinos de las zonas de Malecón y de San Lázaro se mudaron para lugares más elevados y distantes del mar como el Cerro y la Loma de Chaple. Otros tomaron diversas precauciones, aseguraron sus propiedades, hicieron testamento o marcharon al interior de la Isla. La peonía y los augurios de aquel «profeta científico» pasaron a ser el eje de las conversaciones. Ya no era sólo *La Lucha*, sino todos los periódicos habaneros los que ofrecían diariamente información sobre el Dr. Nowack, quien se mantenía firme en sus dramáticas profecías. Consultados por la prensa y por la preocupada ciudadanía, los académicos cubanos, entre ellos Juan Guiteras, Manuel Serafín Pichardo y Felipe García Cañizares, se enfrascaron en ácidas polémicas que oscilaron del rechazo a la solidez de los conocimientos científicos del doctor europeo a la aceptación de la posibilidad de que su teoría fuera cierta. La finca Tariche se convirtió en un centro de atracción y allá fueron a ver las peonías y al barbudo doctor austríaco profesores universitarios, magistrados del Tribunal Supremo, consejeros provinciales, botánicos y meteorólogos, simples curiosos, el Cónsul de Austria-Hungría en Cuba y hasta el poeta Enrique Hernández Miyares, autor del conocido soneto *La más hermosa*.

De nada sirvió que los padres jesuitas encargados del Observatorio del Colegio de Belén declararan de modo rotundo la falta de validez científica de aquel pronóstico por medio de la siguiente aseveración: «No se comprende absolutamente qué relación pueda haber entre encorvarse las hojas de un arbusto y un terremoto a un mes de distancia». Tampoco surtió efecto la demoledora respuesta del Jardín Botánico de Londres a la solicitud de informes sobre el doctor austríaco: «El profesor Nowack es aquí bien conocido. Sus predicciones sobre la peonía no tienen base científica alguna». Las gentes siguieron creyendo en la inminente catástrofe natural y abarrotaron la sede del Ateneo de La Habana para escuchar la disertación sobre la peonía que ofreció el «profeta científico» el 5 de mayo de 1906. En uno de sus leídos artículos en *La Lucha* declaraba en aquellos días el destacado periodista y escritor Manuel Márquez Sterling: «El amplio vecindario de La Habana no piensa en otra cosa que en las peonías y en las predicciones del doctor Nowack. Desde los tiempos del General Weyler –afirmaba ayer una dama– no hemos tenido alarma como ésta.»

Aquel ambiente de temor general subió aún más de tono cuando se supo a través de la prensa que muy pronto Nowack marcharía a México para cumplir con otros

compromisos científicos y «porque le atemoriza encontrarse en este país al ocurrir el fenómeno que ha anunciado». Y para agregarle un poco más de dramatismo a su despedida le declaró al periodista Enrique H. Moreno: «Son mis deseos encontrarle vivo a mi regreso de México». En aquellos días, según declaraba, recibía centenares de cartas de personas que solicitaban sus consejos para ponerse a salvo.

En medio de aquel clima de alarma colectiva una noche mientras se desarrollaba la función del Teatro Alhambra un bromista oculto en la oscuridad gritó: «¡Caballeros, la peonía!» y el corre-corre que a continuación se sucedió fue impresionante. El público trató de salir a toda velocidad a la calle y hubo algunos que, más desesperados, se lesionaron de gravedad al lanzarse desde el gallinero a la platea.

Tal como había anunciado, el doctor Nowack embarcó rumbo a México el 15 de mayo. Los días anunciados para la ocurrencia del cataclismo transcurrieron sin novedad alguna y los habaneros comenzaron a respirar aliviados y a descreer cada vez más de la seriedad profesional del «profeta científico», quien antes de partir presentó ante la Secretaría de Agricultura una solicitud de 50 mil pesos, por una sola vez, y 20 mil pesos anuales para crear en Cuba un instituto que llevaría su nombre y estaría dedicado a estudiar la peonía. Por lo visto aquel doctor no estaba muy bien informado acerca del rígido espíritu ahorrativo que animaba al entonces presidente Tomás Estrada Palma, reacio a aceptar un sablazo como ese.

Con gran rapidez se impuso el proverbial choteo cubano y lo que fue motivo de miedo se convirtió en tema de burla. Federico Villoch escribió a toda carrera la pieza teatral humorística *Los efectos de la peonía*, que tuvo un notable éxito. En Ranchuelo, Las Villas, se creó el Club Peonía y se hizo común en las calles la venta de peonías como amuleto. Y cuando en agosto de aquel año ocurrió el alzamiento liberal contra los intentos de reelección de Estrada Palma, otros pasaron a ser los asuntos de mayor preocupación para los cubanos. Las predicciones del doctor Nowack fueron por completo echadas a un lado. Hasta donde conocemos, éste no volvió más a Cuba y con el tiempo su nombre cayó en el olvido. Enrique H. Moreno vio crecer su prestigio como periodista, unos años después pasó a ser redactor de *El Mundo* y Presidente de la Asociación de Reporters de La Habana. Hasta poco antes de su fallecimiento en, 1954, presidió el Retiro de Periodistas. Y las peonías, por su parte, han continuado creciendo en nuestros campos, ajenas a aquel vaticinio terrible que le endilgaron en 1906. Ω

NOTAS Y BIBLIOGRAFÍA

- Las fotos son cortesía del Instituto de Literatura y Lingüística.
- Diario *La Lucha*. La Habana, abril-agosto de 1906.
- Gutiérrez, José Ramón «Enrique H. Moreno (Semblanza de un gran carácter)». En *El periodismo en Cuba*. La Habana, 1954, pp. 91-109.

* Investigador literario del Instituto de Literatura y Lingüística.